

Controversias en torno al ascenso del nazismo al poder. Explorando el multicausalismo de un debate abierto.

Controversies about the rise of Nazism to power. Exploring the multi-causality of an open debate.

por Juan Sebastián Califa*

Recibido: 6/12/17 - Aprobado: 18/5/18

Resumen

En este artículo se plantea una síntesis de las explicaciones académicas en boga sobre el ascenso del nazismo en Alemania. Este complejo acontecimiento, que marcó la caída de la República de Weimar, sólo puede entenderse atendiendo a una gran cantidad de variables. Desde el punto de vista expuesto, tanto la crisis de 1930 como la represión que los propios socialdemócratas llevaron adelante una década atrás en alianza con sectores de derecha, nutridos desde las derrotadas filas militares, resultaron centrales. Si bien la primera causa del ascenso del nazismo goza de mayor aceptación, la segunda suele no permear con tanta facilidad esos mismos círculos académicos. Me propongo, en el marco de un estado de la cuestión general que se adentra en la complejidad del tema, insistir sobre su pertinencia explicativa.

*CONICET-UBA

Palabras Clave: Alemania, República, nazismo, ascenso y debates

Abstract

In this article is presented a synthesis of the academic explanations in vogue about the rise of Nazism in Germany. This complex event, which marked the fall of the Weimar Republic, can only be explained by a large number of variables. From the point of view exposed, the crisis of 1930 and the repression that the Social Democrats themselves imposed a decade ago in alliance with right sectors, nourished from the defeated military ranks, were central. Although the first cause of the rise of Nazism is more widely accepted, the latter often does not permeate those academic circles so easily. I propose, in the context of a state of the general question that delves into the complexity of the subject, to insist on its explanatory relevance

Key words: Germany, Republic, Nazism, ascent and debates

Introducción

*¡Espartaco! ¡Sus amigos, señor Andreas Kragler!
¡Sus siniestros compañeros! ¡Sus camaradas, que rugen en
el barrio de los periódicos y huelen a asesinato e incendio!
¡Fieras! (Silencio) ¡Fieras! ¡Fieras! ¡Que por qué sois fieras:
porque devoráis carne! Tenéis que ser exterminados.
Bertolt Brecht (1919). Tambores en la noche*

El 30 de enero de 1933 Paul von Hindenburg, octogenario presidente alemán (jefe de Estado), nombró a Hitler canciller de ese país (jefe de



gobierno). Estos dos cargos, designaban los máximos responsables ejecutivos en el andamiaje institucional que se construyó a mediados de 1919 en Weimar, una pequeña ciudad del centro del país rebosante de cultura, donde se reunió la Asamblea Nacional. La República que se erigió allí, impulsada por la socialdemocracia, fue por ellos publicitada como la mayor demostración democrática que podía condensarse bajo el capitalismo, trazando así un puente hacia el socialismo en una potencia mundial donde habitaban más de sesenta millones de personas. El acento puesto en el parlamento, la búsqueda de consenso político y el respaldo a las autonomías regionales significaba un gran cambio respecto al Imperio guillermino disuelto tras la revolución de noviembre de 1918 que culminó con la conflagración mundial.

La obra social encarada por la República de Weimar se puede observar en la construcción de más de dos millones y medio de viviendas que favorecieron a alrededor de siete millones de alemanes, logro que despuntó por sobre otros países¹. El movimiento Bauhaus, formado por Walter Gropius, que reunió en su escuela a arquitectos, escultores y pintores, entre otros, integra el legado cultural de ese período de la historia alemana –la llamada “cultura de Weimar”–, expresando elocuentemente en su periplo las utopías, el compromiso político, la intensidad creativa y, finalmente, el drama de su disolución dispuesta por los nazis. La trayectoria de Bertolt Brecht, dramaturgo formado bajo la efervescencia berlinesa, manifiesta en un individuo genial esa pujante vida cultural.

En este marco democrático constituye un gran desafío entender el surgimiento y, sobre todo, el ascenso de su antítesis, el nazismo. Más aún si se tiene en cuenta que el ansiado nombramiento de Hitler como canciller, que los nazis esperaban desde hace años, no se produjo aparentemente

¹ Kershaw, I. (2016). *Descenso a los Infiernos. Europa, 1914-1919*. Barcelona: Crítica, p. 223.



en el mejor momento de éstos, a juzgar por la performance electoral de noviembre de 1932 en la que perdieron dos millones de votos respecto a los comicios de unos meses atrás. ¿Cómo tal cosa fue posible?

La Europa de entreguerras y el declive de la democracia liberal

Explicar el ascenso del nazismo al poder es una de las tareas más arduas que encararon las ciencias sociales. Desde que Friedrich Meinecke publicó en 1945 *La Catástrofe Alemana*, libro que ponderó al nazismo como parte de un fenómeno europeo de degeneración moral originada en la impetuosa irrupción de las masas a la vida política, y proyectado finalmente por una cuota nada desdeñable de azar, existen prácticamente tantas explicaciones como textos acerca de este fenómeno.² Aunque desde entonces muchos de estos escritos, que se han calculado en decenas de miles, han renunciado a exculpar a los alemanes de sus responsabilidades, poniendo el foco en su elite dirigente.³ Más allá de ello, la multiplicidad de perspectivas teóricas, la cantidad de variables intervinientes en este hecho, la vastedad de fuentes a las que es posible recurrir sumado a la resonancia política que suscita cualquier explicación del nazismo dan cuenta de la complejidad del tema.

Un primer hecho a destacar es el contexto europeo inmediato en que se produjo el ascenso nazi. El crack de Wall Street de octubre de 1929

² Este libro fue tempranamente traducido al castellano en 1947 por la editorial Nova de Buenos Aires. En este artículo se recorre la literatura existente en castellano sobre el tema. Si bien la bibliografía en inglés o alemán es mucho más amplia, los textos en esta lengua son representativos del debate en cuestión.

³ Respecto a la responsabilidad de las élites alemanas en este proceso un lugar de vanguardia le cupo al historiador de Hamburgo Fritz Fischer cuyos libros en la década de 1960 causaron una controversia que lleva su nombre. En el otro extremo, al poner el acento en los alemanes corrientes, también provocando un debate muy resonante que excedió el terreno académico, es de mencionar el trabajo de Goldhagen, D. (1998). *Los verdugos voluntarios de Hitler: los alemanes corrientes y el holocausto*. Madrid: Taurus.



derrumbó el comercio mundial, poniendo en jaque los sistemas monetarios basados en una paridad fija con el oro, acabando con la referencia de la libra británica en 1931 y restringiendo el acceso al crédito mundial. El mundo liberal que se había pretendido restaurar en los años veinte, garante de la paz y la prosperidad, se derrumbó en los treinta frente a contemporáneos que no alcanzaron a comprender lo sucedido. Tras ese cisma, que rápidamente golpeó al otro lado del Atlántico, la economía europea sufrió una severa contracción. Antes de 1914 Europa exportaba el 30% de los bienes comerciables en el mundo, pero entre 1925 y 1938 esta cifra había descendido al 25%.⁴ Simultáneamente, antes de 1913 apenas un cuarto de las exportaciones se realizaba entre países no europeos, pero entre 1925 y 1939 este tráfico ascendió al 40%. En este contexto, ha sido señalado como Gran Bretaña no podía mantener su liderazgo mundial, por más que lo intentara, mientras que Estados Unidos, la potencia ascendente, no lo asumía.⁵ En definitiva, la hegemonía sobre el sistema capitalista estaba vacante, ya sea por debilidad o ineptitud, y, lo que interesa recalcar aquí, ya no era una cuestión exclusiva de Europa.

En términos políticos, el hecho más relevante lo constituye el desplome de la democracia liberal en el continente tras la “Gran Guerra”. El nudo entre democracia y liberalismo se había atado tras las revoluciones fallidas de 1848 que sacudieron el continente europeo. Lo que antes hubiese parecido antinómico, se soldó apelando a artilugios que domesticaron la participación popular, de tal modo que el liberalismo centrista se hizo dominante sobre el nacionalismo y el socialismo.⁶ Los historiadores suelen describir el período de entreguerras posterior como catastrófico, un interludio que

⁴ Estos últimos datos y los que siguen son brindados por Parker, R. (1980). *El siglo XX: Europa, 1918-1945*. Madrid: Siglo XXI, p. 103.

⁵ Al respecto puede verse Kindleberger, C. (2009). *La crisis económica 1929-1939*. Madrid: Capitán Swing.

⁶ Sobre esto la literatura es muy amplia. Puede consultarse una perspectiva clásica como la de Hobsbawm, E. (2011). *La era del Imperio*. Buenos Aires: Crítica y también un



conecta dos fases de un mismo conflicto, e incluso como una nueva guerra de treinta años tres siglos después de firmada la paz de Westfalia.⁷ Ernst Nolte, yendo más lejos, ha planteado la existencia de una verdadera guerra civil europea.⁸ Según este historiador alemán, la aparición de la dictadura nazi fue una respuesta directa a la dictadura bolchevique que se instaló en Rusia durante 1917. Enzo Traverso, más recientemente, quien comparte la caracterización de guerra civil, ha ofrecido una explicación alternativa no centrada en la “culpabilidad” bolchevique sino en la honda polarización social que se propagó tras el inicio de la Primera Guerra Mundial.⁹ Por ello mismo, no se ha detenido tan sólo en Rusia y Alemania, sino extendido su indagación a todo el continente europeo.

Efectivamente, si tras la Gran Guerra la democracia liberal parecía estar en vías de consolidarse como sistema de dominación social, avalada en las constituciones de prácticamente todos los países europeos, pocos años después el abandono masivo que padecía hacía necesario empezar a rever tal diagnóstico. Si se observa lo sucedido al este de Alemania, se advierte una creciente pérdida de injerencia de los parlamentos, órganos de gobierno inscriptos en el centro de los sistemas democráticos, progresivamente ensombrecidos o directamente suprimidos por dictadores con las manos cada vez más libres para actuar.¹⁰ Los movimientos y regíme-

enfoque más reciente en Wallerstein, I. (2014). *El moderno sistema mundial. El triunfo del liberalismo centrista, 1789-1914*. México D.F.: Siglo XXI.

⁷ Al respecto, es interesante el señalamiento de Eric Hobsbawm quien sostiene que si bien desde la perspectiva del historiador entre las dos guerras mundiales tiene lugar un período de belicismo ininterrumpido, desde el punto de vista de los que vivieron esos años se trató de dos guerras distintas. Véase (2006) *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica, p. 60.

⁸ Nolte, E. (1987). *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalismo y Bolchevismo*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

⁹ Traverso, E. (2009). *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires: Prometeo.

¹⁰ Sobre lo acontecido en esta región puede consultarse Borejsza, J. (2002). *La escalada del odio. Movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919-1945*. Madrid: Siglo XXI.



nes autoritarios pro capitalistas entonces, exceptuando a la industrializada Checoslovaquia donde la democracia liberal sobrevivía, rediseñaron los sistemas de dominación en la parte agrícola más pobre de Europa. Se trataba de dictaduras asentadas en el viejo conservadurismo monárquico: no se justificaban en sistemas ideológicos innovadores, rehusaban de apelar a las masas construyendo partidos modernos, no detentaban metas globales ni proponían métodos totalitarios de gobierno. En gran medida lo ocurrido en estas latitudes constituía una respuesta urgente a la expansión soviética vecina. En Rusia nunca había existido una experiencia democrática burguesa, aunque sí un tímido despertar parlamentario tras la Revolución inconclusa de 1905. El problema residía en que ahora la Rusia de los soviets mostraba a los trabajadores una alternativa no sólo al monarquismo decadente sino también a la democracia liberal. Aunque no es menos cierto que con la entronización de José Stalin la democracia devino más un espectro que una realidad, no por ello se debe soslayar que la reacción derechista continental no hubiera sido tal si Rusia no hubiese resistido al asedio capitalista tras la guerra civil que desató la revolución de 1917. Para las clases dominantes el desafío era claro e inminente: había que frenar el “peligro rojo”.

Al oeste de Alemania, donde se ubicaban las economías más pujantes de base industrial, estos temores crecían entre sus clases dirigentes. Aunque también aquí se produjo una degradación del sistema democrático liberal, el panorama era más complejo, no sólo por la mayor modernización económica, sino también por la concomitante aparición de movimientos innovadores con fuerza de masas y carácter plebeyo. En Italia, al límite de esa legalidad, los fascistas arribaron al poder en 1922 tras marchar sobre Roma. Benito Mussolini pasó rápidamente de la incertidumbre a la tenacidad política, desarmando en algunos años la República y erigiendo en su lugar un sistema corporativo donde el Consejo Fascista expropió al parla-



mento. En la península Ibérica, a Portugal que ya vivía una dictadura se le sumaría España a fines de los años treinta. Pese a que en este último país la conformación de una República a principios de dicha década se ubicaba a contramano de lo que sucedía en el resto del continente, tampoco debe olvidarse que dentro de ella pulularon procesos autoritarios donde las derechas gobernantes mostraron sus garras como lo evidenció la represión al movimiento insurreccional asturiano en 1934. Cuando Francisco Franco al mando del bando nacional acabó unos años después con los republicanos socialistas que posteriormente habían llegado al gobierno, poniendo fin a la asintonía española en el concierto europeo, la democracia se convirtió aquí también en un recuerdo.

A la cabeza de las economías más dinámicas del continente, Francia, pese a la tan intensa como fugaz experiencia del Frente Popular a mediados de 1930, que unió a radicales, socialistas y comunistas, consolidó a la larga el dominio de los conservadores. En ese trascurso, acrecieron distintos grupos de derecha, marcando un ascenso sin precedentes en la Tercera República. En este contexto, Gran Bretaña podría ser señalada como la excepción, ya que en la isla el concubinato entre el poder político y económico mantuvo a los conservadores, más pragmáticos y modernizados que otras versiones europeas, en el gobierno. La Unión de Fascistas Británicos pese a la pompa inicial con que se originó de la mano de Oswald Mosley, al igual que le sucedía a sus archienemigos comunistas, nunca pudo abandonar la marginalidad política. Es cierto, empero, que aquí la democracia liberal contaba con una de las versiones menos entusiastas, como lo atestigua la aristocrática Cámara de los Lores, contrapeso de la Cámara de los Comunes. Además, frente a la gran huelga minera de 1926 el gobierno británico no dudó en recurrir a las medidas de excepción que amparaba la ley, coartando derechos constitucionales. Pese a ello, el ascenso laborista posterior, que marginó a los liberales, pareció revertir



esta situación, aunque finalmente su segunda experiencia de gobierno a inicios de 1930 concluyó con su escisión partidaria, corroborando que los conservadores seguían siendo el principal fundamento político del imperio.

Frente a este panorama, el firme avance de una democracia social en Escandinavia, que sólo Finlandia ignoró, impulsada por una fuerte alianza entre los partidos obreros socialdemócratas de base urbana y las formaciones rurales que rehuyeron de las recetas económicas ortodoxas para enfrentar la crisis, sobresalió.¹¹ Sin embargo, este peculiar florecimiento de la democracia liberal, pregonando incluso una República social, ratificaba en su soledad la deriva autoritaria continental. Es cierto, asimismo, que la crisis del liberalismo referida fue más económica que política, no siendo la democracia un puente inevitable entre ambos idearios. Incluso esta democracia en su limitada y parcial versión liberal, no había sido una mera concesión afincada en el corazón de la burguesía, sino, más bien, un producto de tesoneras luchas surgidas desde abajo arrancado de sus entrañas. Así, transcurrido medio siglo, la sociedad europea había gestado una nueva balanza de poder donde las viejas elites feudales habían perdido injerencia en manos de la burguesía y en menor medida de la clase obrera. En ese trance, la democracia había sido menos de lo que se suele creer, pero más que un susurro en boca de los gobernantes. Ahora, ese reparto de poder asumía una fuerte reconfiguración al ser cuestionada por el capital la tajada correspondiente a los trabajadores. Todo estaba por cambiar.

El ascenso del nazismo como problema de investigación abierto

Como se observa, la dictadura nazi estuvo lejos de ser un hecho aislado

¹¹ *La escalada del odio. Movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919-1945, op. cit.*



en un continente donde, exceptuando la Rusia roja, tres quintas partes de su población caería bajo la égida de regímenes dictatoriales, conservando apenas once naciones gobiernos democráticamente electos en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.¹² Sin embargo, la ferocidad con que se ejerció esta dictadura en una potencia industrial como Alemania, así como el origen plebeyo de la militancia del NSDAP (Partido de los Trabajadores Alemanes Nacional Socialista), la movilización de las masas que pregona- ba el régimen y el fundamento racial de esta experiencia, entre otras cues- tion, singularizan la experiencia.¹³ No obstante, si lo que se pretende es explicar el arribo de la dictadura nazi al poder, lo primero que debe consi- derarse tras lo visto es que ésta no fue un rayo que cayó en un cielo sere- no, sino, más bien, en un continente convulsionado que había dejado atrás la belle époque.

En ese contexto, la coyuntura en que se produjo tal ascenso, marcada por el impacto de la crisis originada en Estados Unidos, como se sostuvo, resulta fundamental. La economía germana era fuertemente dependiente de los créditos que afluían desde ese país –más aún tras el Plan Dawes, llamado así por el banquero estadounidense que se puso a la cabeza de los expertos financieros que reestructuraron su deuda bélica– tanto para pagar las deudas bélicas contraídas con el Reino Unido y sobre todo Francia, como para reactivar su frágil sistema productivo. Dos años antes en las elecciones del Reichstag (Parlamento) de 1928 los nazis habían

¹² *Descenso a los Infiernos. Europa, 1914-1919, op. cit.*, p. 335.

¹³ Es significativa, con todo, la aclaración de Karl Polanyi “El término mismo de ‘movi- miento’ era engañoso por cuanto implicaba alguna clase de conscripción o participación personal de gran número de personas. Si algo caracteriza al fascismo, fue su independen- cia de tales manifestaciones populares. Aunque de ordinario buscaba un seguimiento masivo, su fuerza potencial no se medía por el número de sus partidarios sino por la influencia de la personas de alta posición que apoyaban a los líderes fascistas y cuya influencia en la comunidad podía darse por descontada para protegerlos de las conse- cuencias de una revuelta abortada, eliminando así los riesgos de la revolución.” Polanyi, K. (2007). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, p. 298.



obtenido apenas doce escaños entre más de seiscientos representantes al alzarse con el 2,8% de los votos. Pero en 1930, en plena crisis económico-social saltaron a los ciento siete escaños con seis millones y medio de sufragios, cifras que ampliaron en los comicios de mediados de 1932 cuando trece millones de votantes les reportaron doscientos treinta diputados, trepando su performance al 37%. Para ese entonces, los nazis se habían convertido en la primera minoría parlamentaria, arrebatando ese lugar a la socialdemocracia que había dado vida a la República. En simultáneo, las derechas tradicionales, el DNVP (Partido Alemán Nacional Popular, los conservadores) y el DVP (Partido Alemán Popular, los liberales) fueron arrasadas. El KDP (Partido Comunista Alemán), en cambio, aunque en menor medida que los nazis, se anotó un importante avance electoral. Los jóvenes obreros mal empleados o directamente lanzados a las tabernas y las calles frente a la cautela de los socialdemócratas preferían el discurso radical comunista para quien la clase obrera debía tomar de inmediato el poder, sin esperar nada de esta democracia emparchada. Si bien los nazis nunca obtuvieron más votos que estas dos últimas organizaciones obreras que sumaban alrededor del cuarenta por ciento de los sufragios, en buena medida por su incapacidad de penetrar con más ahínco entre estas filas, la imposibilidad de realizar esa adición colaboró en su ascenso. Así, la fragmentación política, reflejo de la fractura social imperante, con su irrefrenable crisis que arrojó incesantes comicios, colocó a los nazis a la cabeza de las preferencias electorales.¹⁴

¹⁴ El abandono de la política de frente único por parte de la IC (Internacional Comunista que orientaba a los partidos nacionales), y su reemplazo a fines de la década de 1920 por la política de clase contra clase del llamado tercer período, que preveía prepararse para una revolución inminente, fue objeto de dura crítica por parte de León Trotsky, ya desplazado de toda esfera decisoria. En su exilio, el revolucionario ruso fustigó en numerosas ocasiones la política del KDP que abría el camino al ascenso del nazismo. En la primera página de *¿Y ahora?*, el folleto lanzado en enero de 1932 donde la cuestión fue tratada con mayor minuciosidad, Trotsky sentenciaba “La socialdemocracia preparó todas las condiciones para la victoria del fascismo. Pero, por eso mismo, preparó todas



Este progreso es inexplicable, como han mostrado Ian Kershaw o Richard Evans, sin dar cuenta del impacto de una crisis que dejó en la calle a uno de cada tres trabajadores alemanes y licuó la renta nacional en casi un cuarenta por ciento.¹⁵ La añorada “comunidad nacional” que los nazis interpelaban, con afán de reconstruirla y darle forma definitiva, se volvió una realidad asequible cuando campesinos protestantes y sectores medios urbanos, profesionales y comerciantes, hicieron suyo este discurso redentor. Así, regiones rurales como Schleswig-Holstein le otorgaron a los nazis un caudal de votos suficiente para contrarrestar a Berlín y sus populosos barrios obreros, difíciles de doblegar.¹⁶ Por su parte, en el ruedo político electoral, si bien el talante antisemita era un rasgo inocultable, más aún en Hitler que ponía un sorprendente énfasis en el aniquilamiento de los judíos, fue un tema cuidadosamente retirado del centro de las campañas electorales, ocupando ese lugar el peligro de desintegración que asechaba Alemania. En ese trance, muchos empresarios –clase económicamente dominante que, sin embargo, seguía mostrando resquemores frente a un movimiento político advenedizo– se convencieron de que los nazis eran la mejor opción, o al menos la única válida, para refrenar un radicalismo de

las condiciones para su propia liquidación política. Es totalmente correcto achacar a la socialdemocracia la responsabilidad de la legislación de excepción de Brüning, así como de la amenaza de la barbarie fascista. Pero es absurdo identificar a la socialdemocracia con el fascismo.” Una pormenorizada compilación de los escritos de este autor sobre el tema puede verse en Trotsky, L. (2013). *La lucha contra el fascismo en Alemania*. Buenos Aires: Ediciones IPS.

¹⁵ Ambos autores cuentan con una extensa producción. Respecto a Kershaw, aparte del texto ya citado, es clave su biografía del líder nazi (1998). *Hitler*. Barcelona: Península (en dos tomos) así como (2004). *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Buenos Aires: Siglo XXI. En relación a Evans, véase su trilogía sobre el Tercer Reich, en particular para el problema que aquí aqueja el primer tomo (2005). *La Llegada del Tercer Reich*. Barcelona: Península. A modo de síntesis conceptual es recomendable su conferencia pretérita (1991). “Ascenso y triunfo del nazismo en Alemania” en M. Cabrera, S. Juliá y P. Aceña (Comps.). *Europa en crisis, 1919-1939* (pp. 97-118). Madrid: Editorial Pablo Iglesias.

¹⁶ La clase obrera, como ha mostrado Sergio Bologna rebatiendo a quienes aducen su pasividad, luchó denodadamente contra la avanzada nazi, recreando una guerra civil encubierta, en circunstancias muy difíciles, como las que producía el desempleo masivo. Véase (1999). *Nazismo y clase obrera (1933-1993)*. Madrid: Akal.



izquierda que también ganaba adeptos. Fritz Thyssen, magnate del acero, recuerda en su biografía que para combatir al “revolucionarismo y las tendencias anárquicas” apoyó desde los comienzos de la República a todos aquellos que le hacían frente, entre ellos los nazis, aunque recién en 1931 se adhirió a ese partido.¹⁷

Existen, no obstante, toda una serie de explicaciones que sin soslayar el impacto de la crisis de 1930, anteponen otras variables. Poner el foco en el magnetismo de Hitler, recalcando su potente oratoria, puede resultar primordial entre la prensa, al proporcionar una explicación en sintonía con los esquemas de análisis egocéntricos más extendidos, pero no es algo que goce de aceptación en los medios académicos. Nadie desconoce en éstos las cualidades del líder nazi, pero la definición weberiana de carisma corrientemente aceptada pone el foco en la audiencia, en la relación a ambos lados, que designa a su mentor. Así, el tema de la legitimidad, esto es la creencia en un orden hitlerista, remite la observación a la sociedad más que al individuo aislado.

Mayor crédito en el terreno académico han recibido los integrantes de la escuela de Bielefeld quienes desde los años sesenta rastrearon en esa universidad alemana el fenómeno nazi como un producto del peculiar camino que recorrió este país en su constitución como Estado-nación moderno desde mediados del siglo pasado.¹⁸ Este derrotero, a diferencia del itinerario de otras potencias, estuvo marcado por la sólida presencia de una aristocracia en la arena política reacia a la democracia liberal, que incluso cuando la aceptó tras la derrota en la Primera Guerra Mundial lo hizo a regañadientes y conservando cuotas significativas de poder.¹⁹ La

¹⁷ Citado en Colloti, E. (1986). *La Alemania Nazi*. Buenos Aires: Hyspamérica, p. 55.

¹⁸ Una versión refinada de la Sonderweg (camino particular) alemán pertenece a Kocka, J. (2002). “Tras el fin de la vía especial. Sobre la solidez de un concepto” en Kocka. *Historia Social y Conciencia Histórica* (pp. 195-210). Madrid: Marcial Pons.

¹⁹ Análisis en boga que exploran las causas de la Gran Guerra ponen de manifiesto



cultura política intolerante y feudal que se respiraba, expresada en el militarismo y la burocratización era un fenómeno de atraso superestructural, enquistado en el Estado, se combinaron fatídicamente con el adelantado capitalismo alemán.²⁰ Rasgos aparentemente intrascendentes e insospechados de alguna conexión con el ascenso nazi como los duelos universitarios pueden dar forma a índices muy significativos de esta cultura de reminiscencias aristocráticas, profundamente intolerante.²¹ Sin embargo, esta versión también fue fruto de críticas muy agudas, como la que le propiciaron los historiadores ingleses Geoff Eley y David Blackbourn.²² Para éstos, el consabido atraso alemán no era tal, ya que su Estado, economía y sociedad habían dado un salto en el último tercio del siglo XIX más grande del que se había reconocido, poniéndose a tono con la modernidad occidental. Por otro lado, el esquema desde el que se juzgaba la historia alemana, que ponía en el centro las revoluciones burguesas inglesa, francesa e incluso estadounidense, argüía una cadena de equivalencias entre esta revolución y la democracia que, como ya se sostuvo en este artículo, era más ideal que real, más conflictiva que armónica.

Pretendiendo superar las anteriores explicaciones, más recientemente el historiador estadounidense Peter Fritzsche ha sostenido que la construc-

el peso de estas elites cada vez más desencajadas del sistema económico, pero muy dinámicas en áreas claves del Estado como el ejército y la cancillería, para conducir a sus naciones a la guerra. Véase Clark, C. (2014). *Sonámbulos*. Cómo Europa fue a la guerra en 1914. Barcelona: Galaxia Gutenberg y Stevenson, D. (2013). *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Debate.

²⁰ Esta visión, por supuesto, retoma rasgos que otros autores destacan, sin adscribir necesariamente a tal escuela. Es un lugar común sostener que “El Imperio alemán había nacido de la guerra; había sido impuesto desde arriba, era el resultado de las negociaciones entre los príncipes. De esta génesis conservarían unos rasgos característicos: el puesto de los militares y del militarismo en la sociedad alemana y la aceptación de la fuerza y de la violencia por el militarismo alemán.” Verley, P. (1976). “La situación política” en G. Palmade (Comp.). *La época de la burguesía* (213-294). Madrid: Siglo XXI.

²¹ Véase, por ejemplo, desde la sociología Elías, N. (2011). *Los Alemanes*. Buenos Aires, Trilce.

²² Eley, G. y D. Blackburn (1989). “Peculiaridades de la historia alemana: la sociedad burguesa y la política en la Alemania del siglo XIX” en revista *Zona abierta* n° 53, pp. 35-76. Madrid.



ción de la comunidad nacional menos jerárquica y plebeya, ligada a la reforma social y los derechos políticos del pueblo alemán, pero también con aristas de unidad racial frente al enemigo, que los nazis representaron en su discurso, o que decían hacerlo, se originó como nueva realidad con el inicio de la Primera Guerra Mundial en 1914.²³ Pese al paso del tiempo y la pérdida momentánea de las ilusiones en torno a conformar una “comunidad del pueblo”, los nazis se encargaron de avivar esta imagen, lo que resultó fundamental al erigirlos como los únicos que podrían llevarla a la práctica. La legitimidad que consagró este modo de ver el mundo desde 1933, que conlleva al autor a tomarse en serio la ideología nacionalsocialista y sus conceptos de comunidad, nación y raza, han sido analizados con todos los matices del caso en otro libro suyo.²⁴ Pero en el pretérito *De alemanes a nazis* Fritzsche sostiene que ese pueblo “ya los estaban escuchando” antes de las campañas electorales que expresaron el ascenso electoral nazi a fines de los años veinte. Tras ser liberado de la cárcel Hitler en diciembre de 1924, luego de la benévola sentencia judicial producto del golpe en Múnich que este protagonizó, el NSDAP se convenció no sólo de la figura mesiánica de su líder sino también de que la táctica insurreccional debía ser sustituida por la legal. Los próximos años de prosperidad económica dejarían atrás las escaladas inflacionarias, siendo la nueva situación, pese a su fragilidad, más previsible que antaño. Pero si bien en este interín las experiencias electorales de 1924 y 1926, todavía marginales, resultaron un tanto alentadoras para el NSDAP, en 1928 los votos nazis descendieron, mostrando la endeblez del apoyo obtenido. ¿Cuánto se escuchaba a los nazis realmente? En ese sentido, la arriesgada hipótesis de Fritzsche carece de un adecuado correlato empírico.

²³ Fritzsche, P. (2006). *De alemanes a nazis, 1914-1933*. Buenos Aires: Siglo XXI.

²⁴ Fritzsche, P. (2011). *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona: Crítica.



Por otro lado, ni Kershaw ni Evans, que otorgan centralidad a la coyuntura signada por el crack de 1929, pese a acotar los alcances de las explicaciones de largo y mediano plazo como las anteriores, las desdeñan por completo. Particularmente, la cuestión de la democracia y su decadencia, que se encuentra por defecto en el centro de tales explicaciones, ocupa un papel fundamental en sus análisis. Para Kershaw, un rasgo distintivo de Alemania es que aquí la crisis económica trocó en una crisis social que tiró abajo el sistema político construido en Weimar, cuestión que remite a la complicidad, cuando no el accionar directo de las elites. Si bien, como se sostuvo, el sistema democrático liberal estaba en jaque en toda Europa, el autor sostiene que pese a todo entre las potencias centrales capitalistas occidentales seguía vigente. Como se observa, la Gran Depresión por sí sola no puede explicar la ascensión nazi sino que esta causa se combina con otras, centralmente con la caída de la democracia. Evans da un paso más al sostener que la democracia no se suicidó, como plantea Kershaw, sino que fue asesinada, metáfora que involucra de un modo más directo a las elites.²⁵

Efectivamente, si el conservador presidente alemán Hindenburg encumbró en la cancillería a Hitler cuando parecía que su hora había pasado — tras perder en las elecciones de noviembre de 1932 dos millones de votos—

²⁵ Detlef Junker da la razón a aquellos que sostienen que la República de Weimar fue convertida, pese a la formalidad, en un sistema “semiparlamentario”, debido al peso que ostentaba el presidente quien disponía de poderes excepcionales. La mezcla entre el sistema parlamentario y el presidencial que se ensayó, sumado al hecho de que las fuerzas armadas se sustrajeron al control del primero, permitió la táctica de la legalidad nazi. La neutralidad valórica estipulada en la Constitución, al no existir ningún núcleo democrático sustantivo inviolable, ya que todo estaba sujeto a la transacción política, permitió que el propio sistema pueda girar hacia su contrario, la dictadura de tipo presidencial. Téngase en cuenta que ya Ebert en la primer presidencia republicana dictó 136 decretos de emergencia con fuerza de ley. Véase Junker, D. (1988). “Factores institucionales en el desplome de la República de Weimar” en A. Solari (Comp.): *Reforma política y consolidación democrática: Europa y América Latina* (pp. 29-40). Caracas: Nueva Sociedad. Esta mirada, quizás un poco simplista al no contemplar las fuerzas sociales más allá del plano jurídico, no obstante revisada desde esta óptica es útil para entender los límites que tales fuerzas le habían impuesto a la República.



se explica, en buena medida, porque la elite económica que el primero expresaba no encontraba un liderazgo alternativo para ocupar su lugar. “Al fin de cuentas fueron las intrigas políticas lo que llevó a Hitler al poder”, sostuvo un historiador en un juicio que sin carecer de verdad resulta, sin embargo, desmesurado.²⁶ ¿Es en cambio como Kershaw razona que en verdad la elite entrevió que podía heredar la estructura política en tanto y en cuanto Hitler sería deglutido por la crisis, pagando así doblemente su favor? ¿O es como sostiene Nicos Poulantzas al resaltar la existencia de una vinculación más orgánica entre los nazis y el gran capital alemán?²⁷ ¿O es, finalmente, como contrapone Timothy Mason al señalar que el gran capital se resistía al nazismo y sólo en condiciones muy peculiares, de huida de la realidad y enorme fragmentación interna, aceptó su arribo y permanencia en el poder?²⁸ Sea como sea, es insoslayable, como acuerda la literatura referida, que para tal elite germana la democracia, aún en su versión liberal más degradada, ya no era algo que había que soportar sino algo que se debía extirpar.

Otra explicación, poco atendida por académicos ajenos a la tradición marxista, consiste en enfatizar la importancia que tuvieron los levantamientos protagonizados por la clase obrera más radical desde la Revolución de

²⁶ Lowe, N. (2010). *Guía ilustrada de la historia moderna*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, p. 524.

²⁷ Poulantzas, N. (1984). *Fascismo y dictadura: La tercera internacional frente al fascismo*. México D.F.: Siglo XXI. Esta caracterización es deudora de la que había sostenido la IC, nítidamente planteada en las palabras de Jorge Dimitrov: “El fascismo en el poder, camaradas, como acertadamente lo ha caracterizado el XIII Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista es una *abierto dictadura fascista de los elementos más reaccionarios, más chauvinistas y más imperialistas del capital financiero*.” Siendo la variedad alemana la más reaccionaria. Dimitrov, J. (1982). “La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo. Informe ante el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista, presentado el 2 de agosto de 1935” en *Jorge Dimitrov. Selección de trabajos* (pp. 49-108). Buenos Aires: Ediciones Estudio, p. 50.

²⁸ Mason, T. (1974). “La primacía de la política: política y economía en la Alemania nacionalsocialista” en S. Woolf (Ed.). *La naturaleza del fascismo* (pp. 171-197). México D.F.: Grijalbo.



noviembre de 1918 hasta la crisis de 1923 que la burguesía, con la complicidad socialdemócrata, ahogó en sangre.²⁹ No es mero azar que en esos años de encendida lucha de clases la inflación haya alcanzado niveles tan pronunciados, afectando sobre manera la vida de los alemanes de las clases obreras y la pequeña burguesía.³⁰ Por ese entonces, no existía para Moscú otro país donde la revolución fuera más relevante que en Alemania, estando dispuesto Lenin a cederle el liderazgo revolucionario mundial que en Rusia todavía parecía transitorio. Así, en el invierno de 1919 fueron asesinados en Berlín los líderes espartaquistas (Liga Obrera Espartaco, en homenaje al levantamiento de esclavos en Roma durante el año 71 a.C.) Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, en medio de un levantamiento obrero que se proponía emular a sus pares rusos. Según Mary Fulbrook: "...lo que vivió Alemania entre 1918 y 1919 fueron una serie de patrañas y compromisos que no satisfacían ni a la derecha ni a la izquierda, símbolos de un legado que comprometería el primer intento de Alemania hacia la democracia."³¹

Se suele discutir hasta qué punto en tierras germanas se podía repetir la experiencia soviética.³² Pero incluso si el balance vislumbrando conclu-

²⁹ Se niega incluso el carácter revolucionario de la insurgencia: "Lo que sucedió de Kiel a Munich, fue más un derrumbamiento que una revolución. Mucho de lo que ocurría en aquel desolado escenario tenía el aspecto de una revolución, y no faltaban las banderas rojas y la retórica revolucionaria. Por todas partes surgieron consejos de trabajadores y soldados. Pero lo que querían era la mayoría de la veces algo tan razonable y discreto como trabajo y pan, la vuelta al hogar de las tropas, el cambio de una producción de paz." Stürmer, M. (2003). *El Imperio Alemán (1870-1919)*. Barcelona: Mondadori, p. 201.

³⁰ Un periodista británico no precisamente de izquierda analizó en un libro que fue furor de ventas el impacto de esta crisis inflacionaria en los comportamientos sociales, llegando a afirmar que el resentimiento de un sector de la sociedad hacia los judíos se construyó en ese proceso de deterioro producto del lugar privilegiado que algunos de éstos ocupaban en el comercio frente a personas que vendían sus pertenencias para poder sobrevivir. Véase Adam Ferguson (1984). *Cuando muere el dinero. La pesadilla de la hiperinflación en la República de Weimar*. Madrid: Alianza.

³¹ Fulbrook, M. (1995). *Historia de Alemania*. Cambridge: Cambridge University Press, p. 219.

³² Para Hobsbawm "El KPD era un partido nuevo, joven, subprivilegiado, radicalmente hostil al sistema y dispuesto a una revolución que pudo ser posible, si no probable, hasta



yera con una rotunda negativa al sopesar tradiciones y base material, no se debería desconocer que la represión a tales enfrentamientos dotó a la derecha alemana de un protagonismo que al momento de estallar la revolución parecía esfumarse.³³ Los freikorps (fuerzas paramilitares), surgidos de las filas del ejército desmovilizado, que reunían en Alemania alrededor de cuatrocientos mil voluntarios, se batieron en las calles con los comunistas mal armados y peor organizados hasta derrotarlos.³⁴ En marzo del año siguiente cuando el gobierno intentó licenciarlos se levantaron ocupando Berlín, designando a Wolfgang Kapp como nuevo canciller con la complicidad de las fuerzas armadas que no intervinieron. La experiencia llegó a su fin merced a la huelga general convocada por los trabajadores de esta ciudad, reponiéndose al gobierno socialdemócrata que había huido a Dresden. Pese a ello, a diferencia del levantamiento espartaquista, los Freikorps no sufrieron mayores castigos, aunque finalmente debieron licenciarse. No obstante ese trato discrecional, su odio al gobierno con el que habían comulgado unos meses antes se iría incrementando.

Poco después, Múnich caería bajo el gobierno de una derecha antirrepublicana, contando aquí también con la colaboración socialdemócrata a la

su gran derrota del otoño de 1923.” (2010) “Confrontación con la derrota: el Partido Comunista Alemán” en E. Hobsbawm. *Revolucionarios* (pp. 68-84). Barcelona: Crítica, p. 71.

³³ En el plano judicial la política socialdemócrata fue particularmente grave ya que “... la S.P.D. se envanecía de no haber querido modificar la organización administrativa, conservando de este modo a su servicio los elementos más reaccionarios del imperio. Radbruch insiste al respetar la independencia de la magistratura y no opera ninguna ‘purga’ en este cuerpo, con mucho el más conservador: las consecuencias de este trágico error no dejarán de notarse cuando, algunos años después, durante los disturbios provocados por la extrema derecha, la justicia se niega prácticamente a condenar a los autores de los atentados más graves.” Klein, C. (1985). *De los espartaquistas al nazismo: La República de Weimar*. Madrid: SARPE, p. 33.

³⁴ “Estaban formados por antiguas tropas de choque, oficiales subalternos y provisionales estudiantes universitarios que se habían ‘perdido’ la experiencia de la guerra y cualquier que aún siguiese deseoso de sangre o fuese incapaz de desmovilizarse psicológicamente. Estas bandas se caracterizaban por una camaradería masculina intensa y un sentimiento de aislamiento y de tradición múltiple, y sus acciones contaban con el apoyo del gobierno regular y del gobierno republicano.” Burleigh, M. (2003). *El Tercer Reich. Una nueva historia*. Buenos Aires: Taurus, p. 64 y ss.



hora de reprimir la experiencia izquierdista precedente. Fue en la capital bávara donde las formaciones *völkisch*, detentoras de un tan arraigado nacionalismo como antisemitismo, pulularon, dando vida al DAP (Partido Alemán del Trabajo), más tarde renombrado NSDAP, que llevó a Hitler al poder el 30 de enero de 1933. Sin embargo, una década atrás ya era evidente que la República carecía de cualquier fervor republicano entre los políticos, generales, jueces, burócratas, líderes religiosos, terratenientes y hombres de negocios en general que empezaban a mover sus hilos. No es extraño frente a ellos que el KDP y sus perseguidos proletarios tampoco recogieran ese fervor, ni siquiera tímidamente. Un autor ha sintetizado muy bien este clima: “Weimar era una república sin republicanos...”.³⁵

En los comicios convocados el 5 de marzo de 1933 en una atmósfera de terror precedida una semana antes por la quema del Reichstag, los nazis sacaron el 43,9% de los votos emitidos, a los que se sumaron los obtenidos por sus aliados conservadores de derecha. Si bien los sufragios no alcanzaron los dos tercios para reformar la Constitución y dotar a Hitler de los poderes absolutos que reclamaba, un hecho de fuerza, la expulsión de los 81 diputados comunistas, lo consiguió. Así, los 94 diputados socialdemócratas que bajo amenaza votaron en contra no fueron suficientes para frenar a los nazis. Con posterioridad la disolución de los partidos políticos a excepción del NSDAP, la centralización de los sindicatos en el Frente Alemán del Trabajo, la firma de un Concordato con la Iglesia, el afianzamiento de las relaciones empresariales y militares, todo ello en un período de un año y medio de gobierno que concluyó con la “Noche de los Bastones Largos” el 30 de junio de 1934 cuando el régimen se cobró cuentas con sus críticos internos, terminaron de pulverizar la República. En su lugar se levantó la dictadura nazi, antesala de la guerra mundial.

³⁵ Herf, J. (1993). *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 54.



Conclusiones

En este texto, mi intención fue hacer observable los debates que desató la llegada de los nazis al poder, advirtiendo acerca de las principales variables que cruzan la explicación contemporánea. Desde el punto de vista expuesto, resultaría impropio concentrarse en una sola causa para explicar un fenómeno cuyos orígenes remiten, más bien, a una multiplicidad de dimensiones que interactúan entre sí. En particular, desde la temporalidad del fenómeno, ha sido considerado tanto el plano inmediato o coyuntural signado por la crisis de 1930, el mediano plazo transcurrido desde la conformación de la República de Weimar o incluso el inicio de Alemania como fuerza beligerante en la guerra y, finalmente, una cronología más pretérita de sucesos que al hundirse en el siglo anterior remiten a una burguesía de tortuosa constitución y su correlato en un Estado burgués tardío que arrastraba el peso de un aristocratismo feudal.

Al unísono, desde el parámetro de la espacialidad del fenómeno se ha destacado su raíz europea. Sólo un país industrializado podía ofrecer masas descontentas dispuestas a experimentar un fenómeno claramente distinguible del conservadurismo monárquico de base agraria. Incluso la Italia de Mussolini, musa inspiradora de Hitler, no se atrevió, ni tampoco hubiera podido, ir tan lejos en su desafío inicial al régimen. Mientras en el primer país la democracia se degradó paulatinamente, aunque con saltos que aceleraron la caída, en la Alemania posterior a la llegada de los nazis al Estado ésta se desplomó por completo.

Frente a estas múltiples explicaciones del ascenso nazi, con su énfasis en tal o cual aspecto, dos factores merecen una atención especial. Por un lado, la crisis desatada en Estados Unidos y su rápida expansión a Alemania moldeó un malestar proclive a la aparición de nuevas formaciones políticas. Si es innegable que los nazis llegaron por los votos, lo que



define la gran paradoja de la democracia decadente, resulta al mismo tiempo evidente que su ascenso electoral se produjo en el contexto de inestabilidad económica, más fuerte aún que el experimentado por Francia y Gran Bretaña, las otras dos grandes potencias capitalistas europeas donde el arribo de la crisis fue más tardío y mediado por sus elites. Por otro lado, un hecho sobre el que buena parte de la literatura académica en boga se detiene menos, conlleva a otorgarle enorme trascendencia a la contrarrevolución que auxiliada por la propia socialdemocracia en el poder lanzó su contragolpe criminal contra los levantamientos por izquierda a comienzos de la República. El impacto de la asonada represiva sobre las filas obreras y la izquierda anticapitalista militante no sería una marca que se borrara en sus filas con el paso del tiempo, aunque a saber por el ascenso del comunismo posterior tampoco las dejó moribundas. Pareciera, en ese sentido, que el influjo contrarrevolucionario fue mucho más relevante para una derecha que, si bien no renació de un día para el otro, sí encontró en este proceso represivo avalado por el oficialismo gobernante un medio para reconstruirse.

En ese sentido, los propios socialdemócratas dejan de aparecer como víctimas de una degradación democrática, retratados como meros espectadores inocentes por buena parte de la literatura académica, para reaparecer en escena como cómplices tempranos de su propia tragedia. Esto obliga a poner cierta distancia frente al lirismo intelectual en torno a sus virtudes democráticas. Si bien ninguna democracia burguesa es impoluta – todas tienen “pecados” de origen que luego sumergen en el olvido–, en el caso aquí revisado es mucho más grave, ya que la represión fue practicada por quienes poco después terminaron siendo la base social del nazismo. Es decir, los socialdemócratas dieron en cierto modo vida a sus propios sepultureros. Este es un hecho que debiera recordarse frente a quienes se explayan en el sectarismo del comunismo y su estrategia de “clase



contra clase”, remiso a un frente político con los “socialfascistas” del SDP que erigiera un gobierno de izquierdas fuerte, como exclusiva condición de posibilidad del ascenso nazi.

Bibliografía

- Bologna, S. (1999). *Nazismo y clase obrera (1933-1993)*. Madrid: Akal.
- Borejsza, J. (2002). *La escalada del odio. Movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919-1945*. Madrid: Siglo XXI.
- Burleigh, M. (2003). *El Tercer Reich. Una nueva historia*. Buenos Aires: Taurus.
- Clark, C. (2014). *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Colloti, E. (1986). *La Alemania Nazi*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Dimitrov, J. (1982). “La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo. Informe ante el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista, presentado el 2 de agosto de 1935” en *Jorge Dimitrov. Selección de trabajos* (pp. 49-108). Buenos Aires: Ediciones Estudio.
- Eley, G. y D. Blackburn (1989). “Peculiaridades de la historia alemana: la sociedad burguesa y la política en la Alemania del siglo XIX” en revista *Zona abierta* n° 53, pp. 35-76. Madrid.
- Elías, N. (2011). *Los Alemanes*. Buenos Aires: Trilce.
- Evans, R. (2005). *La Llegada del Tercer Reich*. Barcelona: Península.
- Evans, R. (1991). “Ascenso y triunfo del nazismo en Alemania” en M. Cabrera, S. Juliá y P. Aceña (Comps.). *Europa en crisis, 1919-1939* (pp. 97-118). Madrid: Editorial Pablo Iglesias.



- Fergusson, A. (1984). *Cuando muere el dinero. La pesadilla de la hiperinflación en la República de Weimar*. Madrid: Alianza.
- Fritzsche, P. (2006). *De alemanes a nazis, 1914-1933*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fritzsche, P. (2011). *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona: Crítica.
- Fulbrook, M. (1995). *Historia de Alemania*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Goldhagen, D. (1998). *Los verdugos voluntarios de Hitler: los alemanes corrientes y el holocausto*. Madrid: Taurus.
- Herf, J. (1993). *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (2011). *La era del Imperio*. Buenos Aires: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2010). *Revolucionarios*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2006). *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Junker, D. (1988). “Factores institucionales en el desplome de la República de Weimar” en A. Solari (Comp.). *Reforma política y consolidación democrática: Europa y América Latina* (pp. 29-40). Caracas: Nueva Sociedad.
- Kershaw, I. (2016). *Descenso a los Infiernos. Europa, 1914-1919*. Barcelona: Crítica.
- Kershaw, I. (1998). *Hitler*. Barcelona: Península (en dos tomos).
- Kershaw, I. (2004). *La dictadura nazi. Problemas y perspectivas de interpretación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kindleberger, C. (2009). *La crisis económica 1929-1939*. Madrid: Capitán Swing.
- Klein, C. (1985). *De los espartaquistas al nazismo: La República de Weimar*. Madrid: SARPE.



- Kocka, J. (2002). “Tras el fin de la vía especial. Sobre la solidez de un concepto” en Kocka. *Historia Social y Conciencia Histórica* (pp. 195-210). Madrid: Marciel Pons.
- Lowe, N. (2010). *Guía ilustrada de la historia moderna*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Mason, T. (1974). “La primacía de la política: política y economía en la Alemania nacionalsocialista” en S. Woolf (Ed.). *La naturaleza del fascismo* (pp. 171-197), México D.F.: Grijalbo.
- Meinecke, F. (1947). *La Catástrofe Alemana*. Buenos Aires: Editorial Nova.
- Nolte, E. (1987). *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalismo y Bolchevismo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Parker, R. (1980). *El siglo XX: Europa, 1918-1945*. Madrid: Siglo XXI.
- Polanyy, K. (2007). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Poulantzas, N. (1984). *Fascismo y dictadura: La tercera internacional frente al fascismo*. México D.F.: Siglo XXI.
- Stevenson, D. (2013). *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Debate.
- Stürmer, M. (2003). *El Imperio Alemán (1870-1919)*. Barcelona: Mondadori.
- Traverso, E. (2009). *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires: Prometeo.
- Trotsky, L. (2013). *La lucha contra el fascismo en Alemania*. Buenos Aires: Ediciones IPS.
- Verley, P. (1976). “La situación política” en G. Palmade (Comp.). *La época de la burguesía* (pp. 213-294), Madrid: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2014). *El moderno sistema mundial. El triunfo del liberalismo centrista, 1789-1914*. México D.F.: Siglo XXI, 2014.

